

Al pronto no dió crédito Roma á esta noticia, suponiendo que fuera alguna emboscada de los espías: luego cuando quedó confirmada, no tuvo límite el público alborozo, como si hubiera hecho revivir la libertad la caída de un tirano. No obstante, todavía reinaba su sombra, pues no pudiéndose ejecutar á los presos hasta que transcurrieran diez días, según el texto de un senado-consulta, hallándose entonces algunos bajo el golpe de una sentencia en Roma, fueron estrangulados por respeto á la legalidad, en atención á que aun no se conocía al nuevo jefe del Estado único que podía absolverlos.

Aquellos que piensan que la inhumanidad admite paliativos, tal vez invoquen en favor de Tiberio la liberalidad con que subvino en tiempos de carestía y de públicos desastres á las necesidades del pueblo. Un terremoto redujo á un montón de ruinas doce ciudades de las más florecientes de Asia; sus moradores quedaron sepultados entre escombros ó tragados por abismos; abismáronse montañas enteras, se alzaron otras de improviso, y los extragos se extendieron al Ponto, á la Sicilia y á la Calabria. Tiberio dispensó de todo impuesto por espacio de cinco años á todos los países que habían padecido en tal desastre; envió sumas considerables para la reconstrucción de las casas, y diez millones de sextercios á los habitantes de Sardis, que le erigieron en agradecimiento una estatua colosal, rodeada de figuras representando las doce ciudades socorridas (9). Antes de conceder elogios á seme-

(9) Sardis, Magnesia, Mostenes, Egea, Hierocesarea, Mirina, Cima, Filadelfia, Tmolos, Temnis, Apolonia, Hircania; y otros añaden Efeso.

jante rasgo y á otros de la misma especie (10) conviene asegurarse de si eran inspirados por la política, por la necesidad de adormecer el descontento ó bien por el desprecio de la humanidad que le impelia á servirse de ella como de un juguete, unas veces acariciándola y otras pisoteándola, según su capricho. Además, en la vida de un príncipe, no se trata aisladamente de sus acciones, sino de su conjunto, examinando hasta donde ha influido en la suerte de su pueblo y del género humano. Bajo este aspecto, Tiberio acabó de destruir las barreras que había dejado Augusto al despotismo: acostumbró al Senado y al pueblo á doblegarse dócilmente á los más absurdos antojos del soberano: extinguió los sentimientos que constituyen la dignidad del hombre y del ciudadano: pervirtió la conciencia pública, que á falta de otro apoyo, es la que sustenta y reanima los Estados: inmolando á los mejores ciudadanos, deshonorando á los que dejaba con vida, haciendo ver que el Senado y el pueblo podían llevar la bajeza y el miedo hasta adorar á quien prodigaba el ultraje y la muerte, suministró la prueba de que no existía fuerza moral ninguna, y de que la fuerza material lo podía todo.

(10) Uno de esos historiadores del siglo pasado, y porque no le veneramos se nos censura, se hizo defensor de Tiberio contra la malignidad de todos los historiadores, y terminó así su apología: «¿Qué más hicieron por el bien de los pueblos el corto número de príncipes, cuya memoria reverencia la posteridad? ¿Cuántos reinados decorados con pomposos títulos están lejos de ofrecer semejantes rasgos en apoyo de las lisonjas de que son objeto? ¿Cuántos soberanos serían puestos al nivel de Trajano y de Enrique IV, si hubieran hecho la centésima parte del bien que no pueden disputar á Tiberio sus más crueles enemigos?» LINGET *Historia de la revolución del imperio romano*, II, 7.

CAPÍTULO III

CALÍGULA. — CLAUDIO

Tiberio dejaba dos nietos: Tiberio Neron Gemelo, nacido de su hijo Druso, y Cayo César, hijo de Germánico. Habíase trocado el inmenso dolor que el pueblo y el ejército habían sentido por la pérdida de Germánico en un ardiente amor hacia su hijo. Complacíanse los soldados en verle jugar con ellos y le habían dado el nombre de Calígula, sacado del calzado militar (*caliga*), que se divertían en ponerle en sus pies. Tanta adhesión hubiera bastado para atraerle el odio de Tiberio; pero el mancebo consagró tan hondo disimulo á evitar todo lazo y á adormecer su rivalidad, que el orador Pasierno pudo decir con certeza: «Nunca se vió tan buen esclavo, ni tan perverso amo.» Posteriormente debió Calígula á la mujer de Macron, que éste le abandonaba de buen grado nutriendo una esperanza remota, gozar del valimiento de Tiberio, quien le declaró heredero del imperio en su testamento.

No se había ocultado á la mirada penetrante del viejo emperador el natural perverso de aquel joven y le decía: *Tendrás todos los vicios de Sila, y ninguna de sus virtudes; ó bien: Es una serpiente que crio para el género humano.* Cierta día que le veía reñir con el joven Tiberio, exclamó con las lágrimas en los ojos: *Tú le matarás, y á ti te matará otro.* Esto no era producto de la observación de las estrellas, sino del conocimiento de los tiempos y de los hombres.

Según su costumbre aguardaba el pueblo toda clase de bienes del joven emperador, y la inauguración de su reinado parecía realizar tan lisonjeras esperanzas. A su llegada á Roma pronuncia el elogio de su predecesor en pocas palabras, y anegado en llanto anuncia la intención de restituir al pueblo la elección de los magistrados, pero creyéndole incapaz de ejercer semejante derecho, lo dilata. Abolió las pesquisas por crimen de lesa

majestad; quema los procesos pendientes; permite leer y propagar los libros de Tito Labieno, de Crenucio Cordo y de Casio Severo, prohibidos por Tiberio. Le denuncian una conjuración y rehúsa oír más pormenores diciendo: *Yo no he dado ningún paso que me haga odioso.* Enternece especialmente la piedad con que vá en busca de las cenizas de su madre y de sus hermanos y las traslada desde el lugar del destierro al mausoleo de Augusto (1).

(1) «Al ver después de la muerte de Tiberio ascendido á Calígula á señor del imperio de mar y tierra, cuando gozaba de la mayor tranquilidad el Estado, cuando estaban ya establecidas instituciones excelentes, y reinaban en las provincias la paz y la concordia; cuando un solo reino reunía el Norte y el Mediodía, el Oriente y el Occidente; cuando en buena armonía los griegos y los bárbaros, los militares y los ciudadanos, vivían todos pacíficamente unos con otros, participando igualmente de los empleos y de las ventajas civiles, ¿quién no hubiera admirado la rarísima y casi inexplicable felicidad del nuevo príncipe? Tratábase para él de una herencia que reunía toda clase de bienes; tesoros llenos de plata y oro parte en barras, parte en moneda, parte en vasos preciosos para ornamento de las mesas y de los palacios; de considerables fuerzas en infantería, caballería y naves; de rentas que parecía como si brotaran de un manantial inagotable; de un poder que se extendía sobre las principales partes del mundo habitado, con dos ríos en sus confines, el Éufrates y el Rin. Por doquiera reinaba el público contento, y el pueblo romano gozaba de una alegre paz con todas las provincias, lo mismo en Europa que en Asia. Si se había podido esperar anteriormente bajo el mando de otro cualquiera emperador tan inmensa dosis de bienes, con doble razón asistía entonces derecho á todos los pueblos, no de esperar, sino de contemplarse seguros de disfrutar de todas las ventajas públicas y privadas, de una felicidad completa, bajo los auspicios de un hombre bondadoso bajo todos los aspectos. Así en todas las ciudades no

Pero este joven epiléptico que hasta entonces había sido el niño mimado de los soldados, el pobre huérfano temblando bajo la mirada del tío, árbitro de su vida, no bien conoció que era dueño de todo el mundo, al cual podía regir á su antojo, si bien podía también arrancárselo una puñalada, ya no era el mismo. Después de haber visto durante una enfermedad de que fué atacado, ciento sesenta mil víctimas sacrificadas á los dioses para que conservaran el astro tutelar de la patria y las delicias, se abandonó á tal delirio de brutalidad y de sangre, que no cabría en lo posible explicar sus actos, sino suponiéndole tocado de locura.

Sus extrañas crueldades.—Si sus implacables delirios carecieron de influencia sobre el destino de las naciones, demuestran por lo menos el punto en que se hallaban los hombres en los más espléndidos tiempos de la edad antigua. Calígula hizo empezar de nuevo el proceso de lesa majestad, y realizando el vaticinio del viejo emperador, envió á Tiberio la orden de matarse, en atención á que sabía como estaba provisto de contravenenos. Del mismo modo procedió con Silano su suegro, con Macron, su antiguo confidente, que le censuraba de hacer el bufon á la mesa y en el teatro. *¿En qué pensabas en tu destierro?* pregunta á un desterrado que había obtenido indulto: *Hacia votos por la muerte de Tiberio y por tu encumbramiento al poder,* respondió el lisonjero. Y Calígula dedujo: *Pues entonces aquellos á quienes he desterrado desean mi muerte;* y después de este raciocinio manda que á todos se les quite la vida. Obedeciendo á este sanguinario instinto hace que sean arrojados á las fieras los gladiadores viejos y enfermos, ó en su defecto á los mismos espectadores: visita las cárceles,

se veían más que altares, víctimas, sacrificios y ciudadanos vestidos de blanco y coronados de flores, cuyo semblante respiraba contento y alegría; donde quiera se hacía gala de música y de espectáculos; donde quiera había festines y veladas al son de cítaras y de flautas: todo estaba lleno de fiestas, de solemnidades, de regocijos y de placeres de todas clases. Se había dado de codo ó aplazado para otros tiempos los negocios, á fin de gozar completamente y con todos los sentidos de delicias variadas hasta lo infinito. Ya no existía diferencia entre ricos y pobres, entre grandes y pequeños, entre acreedores y deudores, entre señores y esclavos; tan solemne circunstancia igualaba los derechos, de tal manera que parecía realizarse el siglo de Saturno. Tal fué la fertilidad y la abundancia; tal la alegría y la seguridad de que todas las familias y todas las poblaciones gozaron plenamente durante los siete primeros meses de su imperio. Pero al octavo mes fué acometido Cayo de una enfermedad muy grave, porque quiso trocar el método de vida frugal y salubre de Tiberio, á fin de desplegar real magnificencia. Dedicóse efectivamente á consumir mucho vino y otras cosas exquisitas, y su gula no se hartaba ni aun cuando su estómago estuviese lleno. Añadía á esto baños intempestivos y vómitos excitados para beber de nuevo, y los placeres del estómago, y las mujeres, y los mancebos, y todo lo que es nocivo al alma y al cuerpo y puede destruir su armonía. FILON, *Legación de Cayo.*

y sin distinguir inocentes de culpables, señala aquellos que se han de dar en pasto á las fieras, por estar demasiado cara la carne; y ante todo hace que les arranquen la lengua á fin de que no le importunen con sus lamentos.

Sumamente expeditivos eran los procesos: él era quien día por día arreglaba sus cuentas, apuntando en la lista los que había necesidad de conducir á la muerte. Dos hombres ofrecen su vida á los dioses durante una enfermedad que le obliga á guardar cama, para obtener su curación, y cuando ha recobrado la salud, declara que admite sus votos: en su consecuencia manda que entreguen uno de ellos á los gladiadores, y que sea despenado el otro coronado de flores como las víctimas. Pelea un día como gladiador, y su adversario cae á sus plantas por lisonja, confesándose vencido: le coge la palabra, y clava el acero en su garganta. Otra vez sentado á la mesa entre dos cónsules, se pone á reír á carcajadas: infórmanse del motivo de su hilaridad: *Es,* respondió, *que estaba pensando en que bastaría hacer una sola señal para que á los dos os cortaran la cabeza.* A tiempo de llevar una víctima para la inmolation delante del ara, se presentó Calígula vestido de pontífice, esgrimió la cuchilla, y en vez de herir al animal, hiere al sacrificante. Obligaba á los padres á asistir al suplicio de sus hijos. Alegando uno de ellos su estado de enfermedad, envió su propia litera para que le llevaran en ella. A la noche siguiente eran degollados por sus sicarios aquellos mismos padres. Redujo á prisión á un tal Pastor, por el único motivo de ser gallardo mozo: como se presentara su padre, caballero romano, á implorar su gracia, Calígula ordenó que inmediatamente se quitara la vida al preso y que el padre fuera á comer en su compañía, cuidando de no mostrarse afligido, pues de lo contrario su otro hijo padecería la misma suerte. Durante sus comidas hacia que algun infeliz fuera puesto en el tormento, y á falta de reo, se cogía al primero que llegaba. Quería que sintieran la muerte los que estaban condenados á morir.

Le acaeció dar tregua á sus crueldades para ocuparse de literatura, y abrió en Lion certámenes de griego y de latin ante el altar de Augusto. Debía pagar el vencido el premio del vencedor y escribir su elogio. Por lo que hace al que escribía una obra indigna, estaba obligado á borrarla con la esponja ó con su lengua, ó bien se le anegaba en el Ródano. Habiéndole erigido Domicio Afro una estatua con la inscripción siguiente: *A Cayo César cónsul por segunda vez á la edad de veinte y siete años,* pretendió Calígula que le censuraba por faltarle la edad requerida por la ley: acusóle en su consecuencia ante el Senado en una arenga trabajada con esmero. Entonces fingió Domicio hallarse menos agitado por su propio peligro que por la elocuencia del emperador, y en vez de justificarse se puso á realizar las cosas admirables dichas por el príncipe, declarándose incapaz de responder á tanta elocuencia. Este era un medio infalible de ser absuelto.

Con efecto, su mania era sobresalir en todo. Tito Livio, Virgilio, Homero le provocan á envidia: los desprecia y los proscriben: también son á sus ojos un título de proscripción las señales de nobleza. Deben renunciar los Torcuatos á llevar el collar, trofeo de su familia, y los descendientes de Pompeyo el sobrenombre de Magnos. Si vé Calígula á uno de los Cincinatos con la cabellera crespa y rizada, como la que valió su sobrenombre á su abuelo, se la manda cortar primero y luego condena á muerte al que la ha llevado. Es á la vez gladiador, cantor, conductor de carros: acompaña en el teatro el canto de los actores y les indica sus gestos. Cierta noche envía á buscar á toda prisa tres senadores, que llegan temblando: se sube á un banco, hace dos cabriolas y los despide después de haber recibido sus aplausos. Quiere asimismo ser conquistador: diríjese, pues, á una revista, á las orillas tranquilas del Rhin, y decide hacer una incursión en el territorio de Germania. Mas no bien sienta allí su planta, huye tan presurosamente, que los carros interceptan el camino y necesita que los soldados le cojan en sus brazos, y pasándole de unos en otros le trasladen á lugar seguro. No por eso deja de pretender los honores del triunfo. Toma, pues, cierto número de germanos entre los mercenarios: escoge en la Galia hombres, ya sean nobles ó plebeyos, cuya estatura es más triunfal (2), los viste á estilo germánico, hace que les enseñen algunos vocablos teutones, les manda que se dejen crecer el cabello y se tiñan de encarnado, y luego los envía á Roma para que aguarden la solemnidad de su ovación.

Si hubiera querido ser rey, Roma le hubiera dado muerte; quiso ser dios, y le adoró la ciudad del Capitolio: apresuróse el Senado á elevarle templos; ambicionóse el título de sacerdote de Calígula; se le ofrecieron sacrificios de pavos reales, faisanes y pavas. Nombra á Castor y á Pólux porteros suyos; de noche se levanta (no dormía más que tres horas) para hacer la corte á la luna, invitándola á que llegue á recibir sus caricias. Se disfraza ora de Hércules, ora de Mercurio, hasta de Venus, y de Júpiter más frecuentemente; y sin embargo, se enfurece en diversas ocasiones contra el padre de los dioses hasta el punto de amenazarle con despedirle á Grecia; otras veces con objeto de imitarle, se pasea en un carro que por medio de un mecanismo produce el efecto del trueno. *¿Que piensas de mí?* pregunta á un galo á quien vé reírse á su paso. *Pienso,* contesta, *que eres un loco rematado,* y perdona aquella tosca franqueza.

Le nace una hija, y la ofrece á todos los dioses; luego la confía á Minerva. ¡Pobre niña, á la que no debe salvar el patrocinio de los inmortales del fin para que la reservan las locuras de su padre!

No menos arrebatado en sus afectos que en sus

odios, hizo construir para su caballo Incitato, mármoreas cuerdas, un pesebre de marfil, un ronzal de perlas y mantas de púrpura. Estaban destinados al servicio del noble animal un mayordomo, gran número de criados y hasta un secretario. Tan pronto se convidaba á que comieran en su compañía personajes consulares, como asistía él á la mesa del emperador, que le servía dorada avena y del mejor vino. En el curso de la noche que precedía al día en que debía salir Incitato, tenían por consigna los pretorianos velar en los alrededores á fin de que ningun ruido perturbase su sueño. Calígula le agregó al colegio de sus sacerdotes, y le designó para cónsul al siguiente año. Amó al trágico Apeles, su consejero íntimo, y á Citico, conductor de carros del circo, á quienes hizo donacion en una orgia de dos millones de sextercios. También amó extraordinariamente al mímico Mnesterio, á quien acariciaba en mitad del teatro; si se percibía el más leve ruido mientras su favorito estaba en escena, daba él mismo de golpes á los audaces interruptores. Un caballero romano, á quien halló durante una representación algo distraído, recibió de su mano despachos para entregárselos á Tolomeo, rey de Mauritania: el pobre mensajero lleno de susto, cruza el mar, y se presenta al rey africano. Este abre la carta en que sólo hay escrito lo siguiente: *«No hagas al portador bien ni mal.»*

Tuvo también amor á una mujer, y pasándole tiernamente la mano por la cabeza, le decía: *Me parece muy hermosa, y sobre todo cuando considero que la podría hacer rodar á la más leve señal.* Amó á su mujer Cesonia, aunque no era joven, hermosa ni honrada, lo cual indujo á creer que le había fascinado por medio de filtros; y consistía más bien en que era un monstruo de lubricidad. Su marido la presentaba desnuda á sus amigos, y hacia que se mostrara á los soldados con la clámide y el casco. En un acceso de amor sanguinario le decía: *Me dan tentaciones de buscar en tus entrañas, como en las de una víctima, qué es lo que me inspira tanto amor á tu persona.*

Amó á sus hermanas como un esposo, y especialmente á Drusila. Cuando ésta exhaló el último suspiro, ordenó que no se jurase sino por ella. Un senador declaró haberla visto encaminarse hácia el Olimpo. Todos los romanos vistieron luto, y no les fué lícito reírse, ni bañarse, ni comer con sus mujeres é hijos, so pena de muerte. A este tiempo llega Calígula á Roma y pregunta: *¿Qué motivo hay para llorar á una diosa?* y castiga á los que se afligen y á los que se alegran del mismo modo. Hace lo propio el día del aniversario de la batalla de Accio; como descendía de Augusto por su madre y de Antonio por su abuela, la alegría y la tristeza fueron igualmente culpables á sus ojos.

A su modo amó también al pueblo, dándole espectáculos y prodigándole liberalidades de una manera inaudita. Se lamentaba de que ninguna gran calamidad le proporcionaba ocasion de mostrarse generoso. A pesar de todo se le vé congregarse en el

(2) *Ut ipse dicebat ἀξιοθρόμβευτον.* SUETONIO.

teatro á aquel populacho, á quien profesa cariño, y mandar quitar de repente el *velarium*, dejándole así expuesto á un sol ardiente. Otra vez le arroja víveres y dinero, mezclándolo con hojas bien afiladas. Otra vez aguarda á que el circo esté cuajado de gente, y hace que lo evacuen de súbito y violentamente: muchos infelices quedaron aplastados entre la muchedumbre. Entonces el populacho descontento no acude ya á sus espectáculos, y el emperador cierra los graneros públicos para hacerle morir de hambre. Cierta día que en su sentir no eran bastante vivos los aplausos, dijo: *¡Ojalá que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza para derribarla de un solo tajo!*

Momentos hay en que aquel insensato da vueltas en su mente á vastos planes. Medita trasladar la sede del imperio, ora á Ancio, ora á Alejandria, tan luego como haya inmolado á los principales senadores y caballeros, cuyos nombres se encuentran ya inscritos en dos listas, una titulada *Puñal* y otra *Espada*. Se propone cortar el istmo de Corinto y construir una ciudad sobre la más elevada cumbre de los Alpes. Si se edifica una casa de recreo, lo hace donde el mar es hondo y proceloso, donde parece más escarpado el monte; y hay necesidad de que tenga baños de perfumes, manjares exquisitos. Costea la deliciosa Campania en barcas de cedro, donde tiene dispuestos salones, termas, donde se entrelazan viñas, y cuyas popas resplandecen con pedrería de precio. En suma, nada quiere que no sea extraordinario.

Hábasele dicho que sería rey cuando pudiera andar al galope por encima del golfo de Bahía y quiso intentarlo. Reúnense, pues, bajeles y barcas en bastante número para formar la longitud de cuatro millas, y se extiende tierra y arena sobre aquel puente flotante: se plantan allí árboles, se alzan hospederías y hasta se ven arroyos. Aquel insensato se lanza entonces á semejante camino en medio de inmensa muchedumbre, manda encender de noche una iluminación espléndida, y se jacta de haberse paseado por encima del mar de una manera más efectiva que Jerges, y de haber hecho de la noche día. A fin de que no falten en aquel espectáculo suplicios, manda que se apoderen al acaso de algunos de los asistentes y que sean arrojados á las olas. Y durante este tiempo, privada Roma de los bajeles, destinados á proveerla de víveres, se halla reducida al hambre.

Calígula gastó dos millones en una comida: en un año dispuso quinientos veinte y seis millones acumulados por Tiberio. Para restablecer las rentas impuso derechos á todo, castigando el fraude con gruesas multas; luego, á fin de aumentar las transgresiones, publicó sus leyes con todo el secreto posible y las expuso en caracteres que casi eran ilegibles por lo diminutos. Si le nace una hija, va demandando donativos; en el mes de enero quiere que le den aguinaldos y los recibe en persona, midiendo por la generosidad la adhesión que se le tiene. Llega hasta á especular en los beneficios de

una casa de prostitución explotada por su cuenta. Hacia además, que se le incluyera en el testamento de los ciudadanos más ricos, y cuando tardaban mucho en morir les enviaba alguna golosina obra de sus manos. Cierta día que jugaba á los dados con mala suerte, mandó que le llevaran el censo de la provincia Gala, designó para morir algunos de los más ricos propietarios, y después dijo volviéndose hácia sus compañeros: *Me ganáis muy poco, y yo acabo de ganar de un golpe ciento cincuenta millones.*

Hizo llevar á Lion una porción de enseres y venderlos á pública subasta, presidiéndola en persona, y encomiando por sí mismo cada uno de los artículos en venta. *Esto, decía, fué de Germánico mi padre; esto es procedente de Agripa. Este vaso perteneció á Antonio, y Augusto se lo ganó en Accio.* La conclusión de todo era ascender la puja á un precio enorme. De la misma manera procedió respecto de los bienes raíces cuyo valor había bajado mucho por las numerosas confiscaciones; se puso á venderlos personalmente designando el comprador y fijando el precio. De aquí resultó que más de uno se vió reducido á vivir de limosna en virtud de aquellas adquisiciones forzadas, y otros sólo suicidándose se libertaron de la ruina.

Hebreos.—Cuando todo se doblaba ante los caprichos de semejante loco, sólo una nación se atrevió á oponer resistencia. Alejandria encerraba en su recinto gran número de hebreos; vivían en malísima inteligencia con los demás moradores: éstos tomaron ocasión del precepto que ordenaba adorar á Cayo para profanar las sinagogas y meter en ellas estatuas. Siempre habían encontrado los hebreos tolerancia en los romanos, hasta el punto de que cuando entraban en Jerusalem las legiones, quitaban la imagen del emperador de sus enseñas, á fin de no ofender á un pueblo que tenía horror á los ídolos. Al revés, en este momento el gobernador romano de Alejandria favorecía los insultos, las vejaciones, los asesinatos que se dirigían contra los judíos, lo cual les indujo á disputar cerca de Cayo á sus mejores oradores.

Querían también mancillar el templo de Jerusalem colocando dentro el simulacro de Cayo, y para evitar tamaña profanación habían recurrido los hebreos á oraciones, vestidos de cilicio y con la cabeza cubierta de ceniza: *¿Queréis resistir al príncipe?* decían las personas prudentes: *¿No consideráis que sois muy débiles y él es muy poderoso? No queremos lides, respondían, pero moriremos antes que violar nuestras leyes; y se prosternaban en tierra de hinojos (3).* Conmovido por su aflicción Pretonio, gobernador de Siria, titubeaba, reunía tropas, daba largas al trabajo de la estatua, y escribía á Calígula, pidiéndole instrucciones. Este, excitado por los enemigos de los judíos, quería hacerles la guerra, llevar su estatua á Jerusalem, é inscribir encima del templo: *Al ilustre Cayo, nuevo Júpiter.*

(3) JOSEFO, *Antigüedades judaicas*, lib. XVIII cap. 11.

Fueron introducidos cerca del emperador los diputados hebreos en la casa de recreo de Mecenas. Hizoles reconvencciones como enemigos de los dioses, porque despreciaban su majestad y adoraban á un dios desconocido. Como protestaran de su adhesión á su persona, asegurándole que por su conservación ofrecían sacrificios: *Si, repuso, pero también se los ofreceis á otra divinidad, y no me encuentro honrado de ese modo.*

No economizaron los alejandrinos burlas á aquellos embajadores que no comían carne de cerdo y se abstenerían de sus extravagancias religiosas ó nacionales: aspiraron á irritar al emperador en contra suya, pero reflexionó al cabo que con no reconocerle por dios, manifestaban menos perversidad que locura.

En medio de la decadencia universal del sentimiento religioso se complace uno al verle todavía tan vivo entre los hebreos y asociado al patriotismo para resistir á un hombre de quien «no se podía esperar clemencia, puesto que pretendía ser dios (4).» En lo más recio de la opresión y del peligro decían los hebreos: *Ahora tenemos más motivos de esperanza que nunca; de tal manera está enfurecido el emperador contra nosotros, que Dios no puede dejar de socorrernos.*

Muerte de Calígula.—Y su esperanza no salió fallida. Un tribuno de las cohortes pretorianas, Casio Quereas, era á menudo blanco de las chanzas de Calígula. Hizo memoria de la antigua dignidad romana, y menos enojado de las crueldades de Cayo que de las deshonestas burlas que le dirigía, se conjuró con otros pretorianos, que viendo continuamente su vida en peligro, si no cortaban el hilo de la de Calígula, le dieron muerte (21 enero del 41).

Cesonia, su mujer, permaneció con su hija junto al cadáver del marido, y cuando los asesinos se arrojaron sobre ella, les presentó su seno desnudo, excitándoles á que acabaran pronto. Murió con valor y al fin pudo respirar Roma.

Pero no: los soldados habían sido partícipes de las rapiñas de Calígula, los germanos mercenarios, especialmente la gente prostituta de ambos sexos que disfrutaban de sus prodigalidades, la muchedumbre de los que por no poseer cosa alguna no tenían que temer nada, los esclavos á quienes era lícito denunciar á sus señores y enriquecerse con sus despojos, se dolieron de la muerte de Cayo. Para vengarle se dedicaron á derribar cabezas y á llevarlas en triunfo, diciendo que era falsa la noticia de su muerte. Sin embargo, cuando no puede ya caberles duda de que el emperador no existe, de que nada hay que esperar por aquel lado, cambian de lenguaje y empiezan á prorumpir en gritos de libertad. El Senado, que maldiciendo el nombre de Calígula, piensa en restablecer la república des-

(4) La diputación de los hebreos á Calígula está bien narrada por el judío Filon.

pués de sesenta años de paciencia, adopta también por contraseña la palabra libertad. ¿Pero podían los pretorianos aguardar de la libertad los halagos, las liberalidades, los honores, como de un emperador que tenía necesidad de sus brazos para que le defendieran contra las víctimas de su tiranía? Han menester, pues, un emperador, y sea el que quiera les importa poco; y en el interin se ocupan en saquear el palacio. Al trabajar en aquella faena, descubren dos piés por debajo de una cortina que ocultaba un lugar secreto: la descorren y descubren á un hombre lleno de carnes y de edad madura, que se arroja á sus plantas implorando misericordia.

Claudio.—Era Tiberio Claudio, hermano de Germánico, tío y juguete de Calígula, hombre de cerca de cincuenta años, medio imbécil, algo versado en las letras, y enemigo de ruidos. Proclámanle emperador los pretorianos, y como le impidiera andar el susto, le cogen sobre sus hombros y le llevan á su campamento, mientras grita el pueblo: *¡No le mateis! ¡Dejad que los cónsules pronuncien su sentencia!*

Agripa, rey de los judíos, condenado á muerte por Tiberio, después favorito de Calígula, se hallaba á la sazón en Roma, y como todos los hombres de su nación, pasaba por muy avisado. Dió secretamente sepultura á sus bienhechores, y luego se dirigió á Claudio, alentándole á que admitiera el empleo. En seguida demostró al Senado cuan escasos recursos había para oponer resistencia, y le sugirió la idea de insinuar á Claudio dulcemente que renunciara al imperio que le habían adjudicado los pretorianos, ó al menos que lo recibiera del Senado. Se mezcla en persona con los diputados, si bien en secreto exhorta á Claudio á que persista y conteste con negativa. En efecto, éste protesta que obedece á la fuerza, que tiene horror al derramamiento de sangre, é invita á los diputados á que si quieren guerra civil, respeten los templos y los edificios, escogiendo fuera de la ciudad un campo de batalla.

Por un momento abrigaron los senadores la idea de armar á los esclavos; y sin duda hubieran compuesto un ejército numeroso y temible. ¿Pero podía ser duradera una idea generosa en aquellos patriotas diezmados por las proscripciones, empobrecidos por las confiscaciones, deshonorados por sus viles lisonjas? Al revés, el pueblo pedía en alta voz un emperador, y proclamaba á Claudio. Otro tanto hacían soldados, gladiadores y marinos. Vanamente recordaba Quereas la majestad del Senado, la imbecilidad de Claudio, las ventajas del gobierno republicano; á excepción de aquellos que hubieran reinado en nombre de la libertad, nadie quería ser libre.

Claudio fué, pues, reconocido y proclamó un general indulto; sólo Quereas fué inmolado á los manes de Calígula. En el momento de sufrir el suplicio, le pareció que no era demasiado cortante la cuchilla del verdugo, y pidió ser decapitado con

la espada de que había hecho uso para dar muerte al tirano: luego murió con la serenidad de un antiguo republicano. Admiróle el pueblo, le pidió perdón de su ingratitud y le hizo libaciones: luego se dedicó á hacer la corte á Claudio y á adorarle.

Había sido el nuevo emperador juguete de la familia Julia y á fuerza de tratarle de imbécil le había hecho que lo fuese, ó persuadido á lo menos de que lo era realmente. No había tenido para su persona ninguno de los honores ni de los sacerdos que condecoraban á todos los miembros de la familia imperial; se le había dado por maestro un palafrenero. Nunca le había dirigido la palabra su abuela Livia, que se había contentado con escribirle billetes secos y bruscos ó llenos de severas amonestaciones. Su madre tenía costumbre de decir para tratar á uno de tonto: *Es bestia como mi hijo Claudio*. Augusto le llamaba *ese pobre hombre*, y afectuoso como era con sus nietos, escribía: *Conviene adoptar respecto de él un partido: si su espíritu es sano, tratarle como hermano; si es imbécil, cuidar que no se rían de él ni de nosotros. Puede presidir en el banquete de los pontífices teniendo á su lado á su primo Silano, para impedirle que diga sandeces. En el circo no debe sentarse sobre el pulvinar donde llamaría la atención demasiado. Le convidaré á comer todos los días; pero que no se muestre tan distraído; que escoja un amigo á quien imitar en sus modales, en su modo de andar, en sus vestidos.*

Divertíanse á su costa los demás individuos de la familia por hallarse animados de sentimientos menos afectuosos: si llegaba el último á la hora de la cena, tenía que correr por largo tiempo en rededor del *triclinium*, para encontrar puesto: si se dormía después de haber comido, le tiraban huesos de dátiles ó de aceitunas, le ponían sus zapatos en las manos, y recreábales su ademán atontado y su despecho cuando despertaba.

Sin embargo, Claudio no era ignorante, y hasta se aplicaba al estudio, y oyéndole Augusto declarar algo de su cosecha, se maravilló de que tan bien escribiera quien tan mal hablaba. Pronunció una arenga en público, y hubiera producido efecto á no ser por un hombre obeso que, enredándose en medio de las sillas, y metiendo de consiguiente mucho ruido, excitó una general carcajada, de modo que hubiera perjudicado hasta á la elocuencia del mismo Cicerón. Por consejo de Tito Livio había empezado á escribir la historia de las guerras civiles; pero le apartaron de este designio su madre y su abuelo. Amaba á los clásicos, y defendió á Cicerón contra Asinio Galo. Estudió la lengua y quiso introducir en el alfabeto romano tres nuevas letras (5), cuyo uso no le sobrevivió. Versado

(5) Tácito y Quintiliano concuerdan en decir que Claudio añadió al alfabeto latino tres letras; dos de ellas son conocidas: el *digamma* cónico y el *antisigma*; era el primero una fal revés equivalente á la *v*, por ejemplo, Terminajit, am-

en el conocimiento de la historia de las antiguas poblaciones de Italia, mucho más que el mismo Tito Livio, escribió la de los etruscos, y la conservación de su libro hubiera ahorrado á nuestros contemporáneos suposiciones atrevidas ó temerarias. En suma, Claudio hubiera podido pasar á la posteridad como hombre de bien y como erudito; pero lejos de valerle su erudición respeto alguno, no dejaban en su rededor más que mujeres, bufones, libertos, la hez del palacio y eso (¡enorme yerro!), porque no era rico. Augusto no dejó á Claudio más que 800,000 sextercios. Tiberio, á quien pidió honores, le hizo un regalo de cuarenta monedas de oro (775 pesetas) para comprar bagatelas en la fiesta de las Saturnales. Cuando Calígula ascendió al trono, Claudio compró por miedo la dignidad de sacerdote del dios su sobrino, al precio de 8.000,000 de sextercios, y como no pudo pagar fueron vendidos sus bienes en pública almoneda. No por eso dejaba de arrullarle en sus brazos la fortuna.

Empujado al trono por la fortuna y por aquella Roma que acostumbraba á satisfacer su voluntad sin demora, quería tener entonces un jefe. Claudio se portó al principio modestamente respecto de los senadores. No quiso ser adorado; abolió el tormento de las personas libres por crímenes de Estado; prohibió á los druidas los sacrificios humanos; mejoró la condición de los esclavos, declarando libres á aquellos á quienes abandonaban sus amos por enfermedad en la isla de Esculapio; y como los amos adoptarían entonces el partido de matarlos, Claudio los mandó perseguir como delincuentes de homicidio.

Pero los romanos, para quienes era un holgazan el hombre apacible, y un sér débil el que no era sanguinario, le miraron muy en breve con desprecio. Un acusado osó decirle: *Todo el mundo sabe que no eres más que un viejo loco*. Porque oía en contra suya á testigos indignos de fe, le tiró otro

pliajitque dijo Avgvsti. El antisigma hacia veces del griego Ψ esto es ψ y se escribía Ψ . Pretenden algunos que la tercera letra era el diptongo *ai*, que se halla en la mayor parte de las inscripciones del tiempo de Claudio, como *Antoni Difai*; pero es lo cierto que antes que él ya se usaba. Otros han inferido inoportunamente de un pasaje de Velio Longo, que esta letra servía solamente para suavizar el sonido demasiado áspero de la *r*. También se ha querido que fuera la *x*; pero Isidoro (*De orig.*) prueba que ya se empleaba en tiempo de Augusto. La φ de los griegos, según observa Quintiliano, tiene un sonido diferente de la ϕ de los latinos, lo cual hizo suponer á algunos que Claudio había inventado una letra correspondiente á la φ de los griegos. Cuando todavía no era Claudio más que simple particular, publicó un libro sobre la necesidad de hacer uso de estas letras; ascendido á emperador lo mandó por una ley. Pero apenas murió cayeron en desuso, aun que figurasen todavía en tiempo de Tácito y de Suetonio, en las láminas de bronce donde se inscribían los decretos del Senado para darles publicidad (Suetonio, cap. 4; Tácito, lib. XI, cap. 14).

sus tablillas y su pequeño estilo. ¿Qué partido le quedaba al pobre hombre más que ponerse en manos de los que pudieran dispensarle de querer y de pensar por sí mismo? Así lo ejecutó, y por débil cometió tantos crímenes, como por atroz, Tiberio y por frenético, Calígula.

Juguete de los demás hasta los cincuenta años, lo fué en mayor grado después de encumbrarse al imperio, con la única diferencia de que antes no caían las burlas más que sobre él solo, y de que ahora se servían de su sello, de su firma, para tener poderío, oro y cabezas. El señor del mundo tenía por soberanos á Palas, Narciso, Félix, Polibio, Harpócrates, Posideo, bailarines, gente vil y además á Mesalina Valeria su esposa. A ellos se dirigían los particulares, las ciudades, los reyes, todo el que solicitaba audiencia, habiendo ordenado Claudio que les obedecieran como á él mismo. Si le acontecía á veces obrar por su propio impulso, echaban abajo lo que había hecho. Fingían sueños para obligarle á condenar á muerte á quien les acomodaba. Cambiaban, alteraban ó suprimían los nombres puestos en sus disposiciones, divirtiéndose en hacerle obrar en sentido inverso de su texto. Un centurion llega á decirle que ha dado muerte á un senador en cumplimiento de su mandato. *Yo no he ordenado eso, dice. ¿Qué importa? replican los libertos, han cumplido con su deber los soldados no esperando orden para vengar al emperador*. César dice entonces: *Lo hecho, hecho*, y pasa á ocuparse de otra cosa. Un liberto se presenta á suplicarle que permita elegir á Asiático, á quien no había condenado, su género de muerte. A veces envía en busca de convidados, que le parece tardan mucho, y se le contesta que se les ha dado muerte de madrugada. Cierto día iba, según su costumbre, al campo de Marte, y vé que preparan una hoguera para quemar á un ciudadano, á quien tampoco ha condenado; pero esta vez ejerce su autoridad mandando apartar el montón de leña para que las llamas no echen á perder el ramaje de unos árboles.

Siempre los delitos de lesa majestad eran la acusación ordinaria y todo el que rehusaba derramar oro en las manos de Palas, ó secundar el libertinaje de Mesalina, era denunciado como conspirador y condenado al punto á muerte. De este modo perecieron treinta y cinco senadores y más de trescientos caballeros. Vino á ser el oficio de denunciador de los más lucrativos, y los abogados acusaban ó defendían en proporción de lo que les valía más ganancia. Un ciudadano paga á Sullio 400,000 sextercios (79,500 pesetas) para que le gane una causa, y viendo que le vende, se dirige á la morada del infame, donde se suicida. Algunas personas rígidas querían que los abogados fueran, como antes, gente honrada, que no se aprovechaban de las discordias como los médicos de las epidemias; pero se dirigieron al emperador y le preguntaron de qué vivirían en ese caso los senadores poco acomodados. En su consecuencia se limitó á fijar en 2,000 pesetas á lo sumo sus honorarios.

Eran los juicios uno de los recreos de Claudio; nunca dejaba de tomar asiento en ellos, y pronunciaba sentencias muy sensatas unas veces y absurdísimas otras; á menudo las formulaba citando versos de Homero, que formaba su delicia. Generalmente daba la razón á los que se hallaban presentes y al último que hablaba. En un negocio de falsedad dijo uno de los asistentes que el acusado merecía la muerte, y el emperador envió inmediatamente en busca del verdugo. En otro asunto en que una mujer rehusaba reconocer á su hijo, la obligó el emperador á reconocer su maternidad ó á casarse con el mancebo, advirtiéndole que había razones en pró y en contra de la supuesta ó verdadera madre. Con mucha frecuencia se dormía al son de los alegatos, y decía al despertarse: *Al que tuviere más razón doy por ganada la causa*.

Allí también se reían á su costa; ora se le recordaba que se había levantado la audiencia, ora la prolongaban sujetándole por el manto. Un litigante le deja solicitar por largo tiempo un testigo antes de decirle que ha muerto. Ya le denuncian como pobre á un ciudadano inmensamente rico, ya como célibe á un padre de familia cargado de hijos, ó bien por haberse herido, queriéndose suicidar, á un hombre que ni siquiera tenía un arañazo.

Esta manía de juzgar, unida á la de ostentar erudición, le inclina á declarar en vigor las antiguas leyes, los ritos oficiales, los decretos sobre el celibato. Para dar muestras de ciencia anuncia en pleno Senado el día y la hora de un eclipse. Como ha leído que los primeros romanos fueron una mezcla de todas las naciones, quiere que los galos sean admitidos en el Senado.

También anhela que se restablezca la censura, caída en desuso desde el reinado de Augusto, cual si fuera posible escudriñar la vida privada de seiscientos senadores, de diez mil caballeros por lo menos, y de siete millones de ciudadanos. Luego prodiga los decretos hasta el punto de hacer veinte en un día, y esto sobre los objetos más minuciosos. Hay uno para que estén bien untados de pez los toneles; otro para que cuando muerda una víbora se emplee una planta denominada verbasco. Lee en el Senado un edicto encaminado á poner freno á la disolución de las mujeres que se entregan á esclavos, y un aplauso unánime acoge semejante medida. Entonces el sencillo César dice: *Me la ha sugerido Palas*, Palas su liberto y su dueño. De consiguiente á Palas decreta su admiración el Senado con acciones de gracias y 15,000,000 de sextercios. Pero éste rehusando la suma votada se contenta con su pobreza, y el Senado publica un edicto á fin de inmortalizar el desinterés de un liberto que posee 300,000,000 de sextercios (59,000,000 de pesetas). Por su parte Narciso había acumulado más riquezas que Crespo y los reyes de Persia: por eso dijeron á Claudio un día que se lamentaba de tener poco dinero: *Entra á la mitad con tus libertos y tendrás mucho*.

Otra de sus pasiones fué el juego, y la llevaba

hasta el punto de poseer mesas para jugar viajando sin que se desarreglaran las piezas. Como buen romano, le gustaba también la sangre: necesitaba suplicios semejantes á los que había leído en la historia; pasaba días enteros viendo luchas de gladiadores, y si se carecía de ellos, obligaba al primero que le venía á cuento, á pelear en el circo.

Si en medio de los alegatos ó de las representaciones escénicas ó de las arengas oficiales, hiere su olfato el vapor de las viandas que cuecen los sacerdotes, nada le contiene, corre y devora. Se hace servir enormes platos en inmensos salones, donde reúne hasta seiscientos convidados; se ataca de alimentos, se esfuerza para vomitar lo que ha comido, y vuelve á comer de nuevo. Se propone hacer un decreto para que la salud no peligre (6) observándose la buena crianza.

Debióronsele, á pesar de todo, notables construcciones: mandó hacer el puerto que se halla en frente de Ostia con un faro semejante al de Alejandria, y terminar el acueducto comenzado por Calígula, que se elevaba á través de mil obstáculos hasta el nivel de las colinas y derramaba en Roma abundantísimas aguas. Esta obra, una de las más útiles y maravillosas que ejecutaran los emperadores, costó 55.000.000 de sextercios (ó sea 10.813.376 pesetas) y fueron empleadas en su conservación cuatrocientas sesenta personas. Estableció colonias en la Capadocia, en la Fenicia y junto al Éufrates: recibió embajadores de la Ta-probana. Abrió en Africa un camino más ancho entre la provincia y la Mauritania, y mandó construir otro para facilitar las comunicaciones con Inglaterra. Entonces hubo quienes empezaron á llevar desde el continente á esta isla, vinos, aceites, marfil, perfumes, mármoles, manufacturas, y de allí se sacaron maderas, perlas, piedras finas, trigo, pieles, bueyes, metales y con especialidad estaño. Después de haber trabajado treinta mil obreros durante once años para hacer que el lago Fucino desaguara en el Liris, quiso Claudio inaugurar esta operación con un combate naval de diez y nueve mil sentenciados. Al pasar por delante de él exclaman estos infelices, según costumbre: *César, los que van á morir te saludan*; y el emperador les contesta urbanamente: *Pasadlo bien*. Persuadidos al oír estas palabras que el príncipe les indulta, no quieren empeñarse en el combate; pero éste grita, gesticula, se agita, amenaza; y se conduce de tal modo, que les decide á matarse recíprocamente.

(6) *Meditatus est edictum, quo veniam daret flatum crepitumque ventris in cana emittendi, cum perclitatum quemdam pro pudore ex continentia reperisset.* SUETONIO. Aquellos que opinan que Pretonio alude á Claudio en el *Trimalcion*, pueden alegar como prueba este decreto que se halla en boca de aquel mal aconsejado ricacho: *Si quis vestrum voluerit, sua re sua causa facere, non est quod illum pudeat; nemo vestrum solide natus est. Ego nullum puto tam magnum tormentum esse quam continere: hoc solum vitare ne Jovis poteat.*

Mesalina.—Abandonándose entre tanto Mesalina á la prostitución más descarada sin saciarse nunca (7), se entregaba en los lupanares á innobles excesos. Hasta le acontece ordenar á sus amantes, por decreto del emperador, que le den gusto. Va á buscar con gran séquito las impúdicas caricias de un tal Publio Silio; y sonriendo su imaginación desbordada con la idea de lograr un segundo marido, celebra con este joven solemnes nupcias, allí lo hay todo, testigos, dote, auspicios, sacrificios, y el tálamo nupcial está preparado á la vista del público. Ha firmado el mismo Claudio el contrato de matrimonio con el pensamiento de que es un talisman destinado á desvanecer ciertos sortilegios de los caldeos. Pero cuando le instruyen de la verdad sus libertos y cortesanas, cae en abatimiento y pregunta si es todavía emperador ó le ha sucedido el joven Silio. Después se encoleriza y se deja persuadir, á fin de conjurar el peligro, cuando se le presentan como inminente, para ceder por un día el mando á Narciso. Este le conduce á Roma, donde los soldados piden venganza, no porque se cuiden de la honra del emperador, sino por sacar de allí provecho. Entonces se multiplicaban los suplicios, y hasta Mesalina es condenada á muerte (48). Luego que supo Claudio que ya no vivía, ni aun siquiera se informó de como había muerto; y algunos días después y en el momento de sentarse á la mesa, preguntaba: *¿Cómo no viene Mesalina?*

A la sazón resolvió casarse con su sobrina Agripina, viuda de Domicio Enobarbo, y como á los ojos de la ley era incestuoso aquel enlace, no sólo declararon el Senado y el pueblo que era lícito al emperador, sino que se lo impusieron por mandato. Agripina, hermana y amante de Calígula é hija de Germánico, y por esto querida del pueblo, juntaba á las costumbres impúdicas y á la crueldad de Mesalina una voluntad de hierro: así se la vió mostrarse emperatriz muy en breve. Tomaba asiento al lado de César en las públicas ceremonias, recibía en su compañía á los reyes y á los embajadores, y administraba justicia. Fueron para ella nuevos motivos de suplicios, los encantamientos, los oráculos los sortilegios, los celos.

Su principal objeto consistía en hacer que sustituyera su propio hijo Lucio Domicio Neron, que había tenido con Enobarbo, á Británico, hijo de Claudio y Mesalina: de consiguiente comenzó por desterrar á los amigos y parciales de este mancebo, dándole espías por maestros y camaradas: luego hizo cuanto pudo por rebajarle, haciendo brillar á Neron á sus expensas. Por último aprovechó un momento de debilidad para inducir á Claudio á nombrar á éste sucesor suyo. Temiendo posteriormente que mudase de consejo le sirvió setas enve-

(7) *Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem, Et defessa visis, nondum satiata, recessit.*

JUVENAL.

nenadas y el médico remató la obra (8). De este

modo le envió á los dioses, entre cuyo número le adoró Roma.

(8) En Roma se publicó este epígrafe: TI. CLAUDIO CÆS. AVGVSTO PONTIFICI MAX. TR. P. IX. COS. V. IMP. XVI. P. P. SENATVS POPVLSO. R. QVOD ERGES BRITANNIÆ ABSQVE VLLA IACTVRA DOMVERIT GENTESQVE BARBARAS PRIMVS IVDICIÒ SVBEGERIT.

De las recompensas atribuidas á particulares es testimonio este otro publicado en Turin: C. GAVIO L. F. STEL. SIL-

VANO PRIMIPILARI LEG. VIIII AVG. TRIBVNO COH. II. VIGILVM TRIBVNO COH. XIII. VRBAN. TRIBVNO COH. XIII. PRÆTOR. DONIS DONATO A DIVO CLAVDIO BELLO BRITANNICO TORQVIBVS ARMILLIS PHALERIS CORONA AVREA PATRONO COLON. D. D.